



EL MAESTRO CAJAL, EN SU LABORATORIO

(La Esfera, Madrid).

Cajal, médico, una paradoja suntuaria. Algo por el estilo intentó hacer La Rochefocauld, presintiendo la polvareda que habían de levantar las «Máximas», sobre todo entre sus amigas madame de Longueville y madame de Lafayette, a cual más ingeniosa y más creyente. El duque filósofo, en la primera edición, aunque anónima, puso una «advertencia al lector», donde con citas de autores clásicos y hasta de padres de la Iglesia se sacudía el excepticismo, respondiendo a las objeciones entonces corrientes.

No sabemos hasta qué punto habrá derecho a repudiar sensaciones e ideas propias, por fugaces e inconsistentes que nos parezcan. De cualquier modo es este un desahucio intelectual contra el que cabe entablar recurso ético.

Fuera de tal reparo—en todo caso más papista que el Papa, más Cajalista que Cajal—, las «Dos palabras al lector» nos parecen muy en su punto.

«Nuestra memoria—observa—es una trama tejida con fibras tomadas del cerebro de nuestros antepasados. Muchos pensamientos de Sócrates, Platón, Horacio, etc., se encuentran en escritores tan originales como Quevedo, Gracián, Montaigne, etc.»

Tan verdad es, que hace unos días, releiendo el «Libro de Job», nos fijamos en los versillos: «El hombre tiene tiempo limitado en la tierra, y sus días son como los del jornalero». ¿Dónde habíamos leído esto? ¡Ah, sí! En «Los sueños», de Quevedo, el cual

lo transcribía de Lucrecio, que a su vez lo tomó textualmente del Libro de Job.

La explicación que da Cajal a estas filiaciones resulta clarísima: «Nuestra cultura está basada en el saber antiguo. Sin contar que, en la peregrinación de la vida, todos hemos recorrido, poco más o menos, igual camino».

Sobre su claridad, la explicación exhala cierto aroma estoico. Hay en esa uniformidad cultural y sentimental un gesto de fatigada suficiencia. Es un «satis» digno de Marco Aurelio, que de día combate contra los Pannonios, y de noche, en su tienda de Carnuto, se pone a escribir los «Soliloquios».

Cajal protesta contra el encasillamiento, y hace bien. Es cosa de botica o de elecciones. Pero, leyendo esas confidencias sobre la amistad, la ingratitud, el egoísmo, las mujeres, el talento, el amor, la moral, etc., etc., no hay duda de que está vivo y presente, más que el espíritu de Sócrates, el de Epitecto...

EL movimiento «vivo, preciso y delicado» que encantaba a Voltaire en las páginas de La Rochefocauld, está en *Chácharas de Café* con mayor democracia y desenvoltura. Nadie diría que esta agilidad de pluma lleva cuarenta años manejando tan gravemente el microscopio.

La superchería del literato científico no es menos frecuente y execra-

ble que la del científico literato. Para que estos dos modos de expresión intelectual se concierten, como en Aristóteles o en Bacon, hay que cerner volúmenes y volúmenes en la criba de los siglos. La mayoría de los literatos científicos son unos pedantuelos caóticos, y casi todos los científicos literatos escriben deplorablemente. Casi todos, aun los franceses, llevan el énfasis a cuestas, como una cruz.

El libro de Cajal está libre de toda afectación. Si tiene alguna, es «aquella afectación al revés» que recomendaba Maquiavelo al duque Gonzaga: *Per cercare l'obbligo dil popolo*, en este caso gratitud de los lectores.

En Cajal se repite el fenómeno, raramente español, de Echegaray. Echegaray fué el dramaturgo y también el matemático más insigne de su época. Cuando le otorgaron el premio Nobel, Edison y Marconi le felicitaron como a una gloria de la ciencia, mientras algunos escritores recogían firmas protestando contra la concesión.

También Cajal es el histólogo y el filósofo español más grande de su tiempo. La universalidad de sus descubrimientos celulares tiene el refrendo de cuantas Academias científicas existen sobre la haz terrestre. En cambio, su filosofía, inédita durante cuarenta años, sólo tuvo un panegirista: Joaquín Costa. ¡Cuántas veces nos habló el maestro, exaltándose, de la filosofía de Cajal! Así, al menos para nosotros, *Chácharas de Café* no ha sido, como para tantos, lo inesperado.

¿En qué consiste la filosofía de Cajal? En el conocimiento de las cosas y de los hombres, sin prejuicios de ningún género. No tiene el prejuicio científico, ni el religioso, ni el materialista, ni el espiritualista. Es un caso de «objetivismo subjetivo», de «integralismo», que diría él.

En el punto y hora que Cajal, jubilado como lumbrera histológica, desaparece del escalafón de enseñanza, reaparece, con este libro en la mano, nuevo Fénix de entre sus cenizas.

Es que le ha llegado el instante propiamente, casi fatalmente filosófico. Es el instante de la «cumbre remontada», de Goethe, y el de la «aceituna madura», de Marco Aurelio. Es también el instante en que Miguel Angel Buonarrotti escribe: «Non nasce pensiero in me che non porti sculpita la morte».

Es la hora de la estilización intelectual, de las arrugas en el rostro y en el espíritu. Es la hora de las sentencias, de las máximas. Se intenta reparar la prodigalidad del espíritu y del pensamiento. Ya apenas nos deslumbra ningún sol; el amor, la amistad, el heroísmo, palidecen entre nieblas de análisis. Pero ese «Peregrino apasionado», que llamamos Espíritu, per-